quienes hasta la fecha, solo hemos consagrado nuestra vida a amar y defender a nuestra clase!

Preferimos, también en esta ocasión, esperar a conocer el comentario ajeno, antes de hacer el nuestro. Y hemos tenido el consuelo de observar una nueva coincidencia con nosotros. ¡Tampoco la Asamblea de Subdelegados, ha merecido un comentario serio por parte de nadie!

Hubo en cambio una nota, preparada acaso por la fatalidad, que sirvió para darnos a conocer el contenido moral, de ambas Asambleas; el compañero San Miguel, en nombre de sus representados, se presentó en una de las sesiones de la Asamblea a ofrecer su apoyo incondicional a los Subdelegados. Aquí si que hubiera venido de perlas, parodiando una célebre y conocida pregunta, haberle preguntado a nuestro inspirado protector; *¿y a usted quién le apoya?*

Este acto, es, por sí solo, el más acertado comentario que puede hacerse de ambas Asambleas.

Ese hombre no puede representar a los médicos en régimen republicano.

Para los gobernantes republicanos que no procedan del upetismo.

Para los médicos de abolengo republicano, la presencia de San Miguel al frente de la Asociación de titulares constituye una intolerable provocación, y para los intereses del Cuerpo lo consideramos un positivo perjuicio.

Nosotros no podemos olvidar las serviles maniobras que este despreocupado compañero llevó a cabo de un modo constante cerca de los gobernantes de la dictadura, maniobras que dieron por resultado que los titulares no llegásemos a inspirar en las alturas más que desprecio y repulsión. Los telegramas célebres que por orden suya dirigieron al ministro los presidentes provinciales, las serviles adulaciones y ridículas humillaciones que hizo ante el famoso *ministro sanitario*, los consejos dados a los titulares para que se inscribiesen en la U. P., sus campañas por provincias entonando cánticos a las excelsitudes del gobierno dictatorial, etc. etc., fueron otros tantos actos que solo sirvieron para crearnos la antipatía de los hombres amantes de la libertad y el desprecio, como no podía menos de suceder, de los mismos que recibían las humillantes adulaciones.

Aun suenan en los oídos de los titulares, y es de suponer llegue el eco a los de los gobernantes de la república, los elogios y lisonjas que este pobre compañero inconsciente dirigía públicamente al funesto Borbón destronado, después de la visita que, por sí y ante sí tuvo a bien hacerle, para colocar a sus pies, sin consultarlo con nadie, al desventurado Cuerpo a quien decía, y dice, representar.

Sonrojo y vergüenza nos causaba a cuantos de las ideas de libertad tenemos hecho un culto, ver escrito una y otra vez en letras de molde, que un representante nuestro, de los médicos, de los que tenemos la obligación de conocer el organismo humano y saber el funcionamiento normal de cada órgano, llamaba inteligente a un microcéfalo; ilustrado a un ignorante; comprensivo a un abúlico; humanitario a un explotador, sin otras razones que las de ser Jefe de una Nación decadente, cuya decadencia es natural consecuencia de su funesta y despótica jefatura.

No he olvidado, ni hemos olvidado muchos compañeros, que para librarse de los justos y razonados ataques que los federados dirigíamos a esta desdichada calamidad que nos habían colocado en la presidencia de nuestra Asociación, no se le ocurrió a nuestro hombre otro procedimiento más expeditivo que el de recordar la arbitraria deportación de que me había hecho víctima poco tiempo antes el Poncio de la dictadura que tocó en suerte a la provincia de Ciudad Real, para decir a *su ministro sanitario*, que la buena marcha de la Asociación y su actuación como presidente, estaban imposibilitados en tanto no se tomase contra Palanca, contra Cirajas y contra mí, una medida radical, que no podía ser otra que la de deportarnos o imponernos una fuerte multa como enemigos del régimen.

¡Y el hombre de esta fatídica historia, no duda en desplazar arteramente a un compañero, hasta la fecha sin tacha, del puesto que legítimamente ocupaba y que, por su neutralidad y limpios antecedentes, constituía una garantía segura para la defensa del Cuerpo de titulares-inspectores, hoy más indefenso que nunca por las razones apuntadas!

¿Qué confianza puede inspirar a un gobernante de la República un hombre de estos antecedentes? ¿Qué concepto puede formar el Gobierno de nosotros juzgándonos por el representante que hemos elegido? ¡Que hemos elegido! ¿Quién le eligió? ¿Fué el Cuerpo de titulares? No. Fué la camarilla de una Asamblea caciquilmente constituida, que llevará a nuestro Cuerpo a la ruina si no se democratiza haciendo ceniza su Reglamento y sustituyéndolo por otro de amplio contenido liberal que le imprima la dirección que la honradez, el compañerismo y la decencia demandan.

¿Puede representar un hombre como el que nos representa a los médicos titulares en un régimen, como el actual, de libertad y democracia? No. La República, necesita, que todas las actividades nacionales estén representadas por valores positivos, por hombres austeros, consecuentes, de ideas inmutables, de rancio abolengo liberal, no por los despreocupados representantes de la versatilidad y el servilismo acomodaticio.

Estamos en momentos decisivos para la vida de la Patria, y la vida de la Patria no puede ser otra que la resultante de la vida de todas las actividades nacionales. Para que estas actividades adquieran vida exuberante y próspera, es de absoluta necesidad que estén regidas por personalidades sin tacha. ¿Lo está el Cuerpo de titulares-inspectores? No. Nuestro Cuerpo, hoy, se encuentra en peores condiciones que un organismo acéfalo, porque su cabeza no reune ninguna de las cualidades necesarias para presidir con acierto los actos de su vida.

Es de suponer que el Sr. San Miguel, al tener conocimiento de que tanto el Gobierno de la República como los titulares *sabemos* todo esto, se de perfecta cuenta de su situación y del perjuicio que, su presencia en el inmerecido puesto que ocupa, puede irrogar al Cuerpo a quien es su obsesión representar, y en un arranque de compañerismo tome la heróica decisión de abandonarlo. Pero si así no fuera, este sufrido Cuerpo de titulares-inspectores, aunque solo sea obedeciendo a un instintivo movimiento de conservación, debe marcarle el camino de su casa.

Y lo mismo que a él debe hacer a los presidentes provinciales que siguen, inconscientes, o negociantes, sus perniciosas inspiraciones.

En nuestro Cuerpo como en política, es de absoluta necesidad, si queremos vivir, sanear el ambiente.

HUBERTO DOMINGUEZ

AVISO

Con el fin de complacer a cuantos nos piden ejemplares de los números en que venimos publicando los artículos suscritos por JUAN VERDAD, bajo el título de *La Sanidad y el Médico Rural*, desde el próximo número los repetiremos en forma de folletín encuadernable por tener agotadas las existencias.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Huracán Sanitario, El. 1/7/1931.